

*Para Ximo y Vicky, en el año en que
empiezan su aventura juntos.*

Detuvo la bicicleta en las calas y miró la playa desierta y el mar enorme. Comenzó a andar y a notar el agua tibiamente salada mojándole los tobillos, las rodillas, el sexo, la cintura, el pecho... empezó a notar cómo se unía al mar...

La guerra nunca descansa. Botas, botas, miles de botas, sólo puedo ver botas militares golpeando el suelo, agrietando el suelo y haciéndolo trizas... algo así escribió Kipling; pero Kipling era principalmente poeta, y muy a pesar suyo ha pasado a la Historia de la literatura por un libro, *El Libro de la Selva*, que nunca quiso escribir.

Johannes no lo sabe. Lee otra vez el comienzo sin mucha convicción hasta que lo tiene que dejar, desde el sillón de mimbre, el espejo le devuelve la imagen de ese niño austríaco que fue él cuando abandonó Viena con tres años. De Austria y de Viena sólo le queda el nombre: Johannes Teufel Zimmerman, que denota que algún antepasado suyo profesó el judaísmo. Allí empiezan y acaban sus raíces, porque Johannes no sabe nada de esa ciudad que abandonó, la París del Este, Viena de las luces; ni siquiera parece alemán: el sol de Benillum y la presencia constante del salitre han oscurecido y curtido su piel, y el pelo rubio le negrea en casi toda la cabeza.

El espejo sigue ahí, devolviéndole el reflejo de un descastado a su pesar, y Johannes tiene que salir al porche para empaparse de la luz del mediodía, para dejarse envolver por la cegadora claridad del sol reflejado en la cal de las paredes. Enfrente tiene la carretera de Benillum, y, más abajo el mar como una esmeralda de sal que le aguarda. Hoy el calor es pegajoso como todos los días. El Renault negro cruza la

carretera camino del pueblo, y aunque hace visera con la mano, Johannes no puede ver la matrícula.

– Donsc aquet any les taronges han sortit més grosses que mai.

– Que sí, tiet, que sí. Pero si las llevamos ahora al mercado no vamos a sacar ni tres reales por ellas, tenemos que esperar al menos quince días más.

– Dues setmanes!, no serà malparit aquet borinot, que vól que *se me pudran* en l'almacén? Però no veus la calor que fá, que ja ha arribat l'estiu?

– Tiet, no blasfeme, que estamos en la iglesia.

– *La iglesia, la iglesia...* si no fós perquè li vaig prometre a ta mare en la seva agonia que tindria cura de tu...

– Tío, deje a mi madre en paz. Si no quiere esperarse, no se espere, yo sólo estoy aquí para aconsejarle, pero si las saca ahora vamos a perder dinero.

A la salida de misa de doce, el tío Rafael, más conocido como *el figuerete*, le dijo al Anselmo el del camión que aún se tendrían que esperar dos semanas para llevar las naranjas a Madrid.

– Pero che, Rafael. Si nos esperamos más se van a echar a perder. Nos vamos a arruinar.

– Això li he dit al meu *sobrino*, que és un capgrós i només sap que parlar-me de pujades i baixades de preus, d'oferta i demanda i de moltes rucades més... però el que més em fastidia és que gairabé sempre té raó. Vam fer bé enviant-lo a estudiar a l'estranger.

El Anselmo contempla al figuerete, alto y fuerte como lo fue en la juventud en que ambos se fueron a hacer fortuna a Marsella, pero ya casi calvo y con bastantes kilos

de más. Le ve calarse la gorra con el mismo gesto de entonces, y se encaminan, casi por inercia, a tomar horchata y jugar al chamelo en el bar del Antoni.

– Extranjeros. Seguro. Ella tenía la piel muy blanca y el pelo rubio. Los ojos no se los he visto porque llevaba gafas ahumadas como los actores. Seguro que son actores. El de la gorra hablaba con acento, pero no como el del Pier, que habla suave y engatusa a las mujeres con sólo decir cuatro tonterías. Era más... no sé cómo decirte, más bestia.

– Pues el coche llevaba matrícula de Francia. Como no sean franceses...

–De algo irán huyendo. No es normal.

Los parroquianos asintieron a esta última frase del Zabaleta, y continuaron con sus conversaciones habituales sobre cuándo llegarían los primeros señoritos de la capital, sobre qué le pasaban a las naranjas del Rafael, que menudo culo se le estaba poniendo a la hija del Martín, que este año el verano había entrado antes y que como siguiera a este ritmo se iba a secar todo, incluidos ellos mismos... estaban acostumbrados a los extranjeros, pero a los extranjeros de Cuenca, Madrid, a los gallegos y más raramente a alguna familia inglesa que pasaba el verano en Benillum. Pero como no sabían de dónde eran aquellos que habían llegado en la mañana, no se atrevían a opinar. Todo el que iba a aquel pueblecito costero se hospedaba en la casa del viudo Setvalls, que después de la muerte de su esposa y con las hijas casadas y viviendo en Terrasa, montó un hostel medio para sacar un dinero que no le hacía falta medio para no estar desocupado, como buen catalán no tenía más vicios que los justos, y en algo había de ocupar el tiempo.

Los que no iban allí, principalmente los *señoritos* que no querían mezclarse con los habitantes del pueblo, ocupaban la masía d'en Enric, cerca de donde el alemán, o la del alcalde, que siempre estaba vacía.

Así que cuando el extranjero de la gorra y del traje reluciente le preguntó por un lugar donde quedarse, el Antoni les envió donde el Setvalls, o “si quieren ustedes estar más tranquilos”, a la masía del alcalde, pero para eso tenían que esperarse a que volviese de Valencia el lunes, donde había ido a un congreso de alcaldes conservadores. En la partida de cartas de la tarde se enterarían. Seguro.

Qué raro que es este verano. A la María se le han hinchado las tetas, y no sale de su casa, menos mal que la semana que viene vendrá la prima Fuensanta a pasar las fiestas y tendré alguien con quien jugar... en esos pensamientos iba Miguel por el Camino de la Sierra; todas estas conjeturas desaparecieron cuando por fin avistó la casa del alemán, aunque él no sabía por qué le llamaban así, si hablaba igual que ellos y lo único que tenía diferente eran los ojos, de un clarísimo azul. Pasaba allí tres horas dos días por semana desde hacía un mes, porque el alemán, al que todos llamaban Joan, le estaba haciendo un retrato. Con el dinero que le diese se bajaría a las calas, donde el Pier vendía caracolas donde encerraba el mar, estrellas marinas disecadas o collares de conchas de muchos colores.

El Joan estaba pintando un paisaje marino en la puerta de su casa; cuando iba mal de dinero pintaba paisajes porque eso era lo que de verdad le gustaba a los turistas y a las mujeres de Benillum, porque decían que daba “distinción” a la casa. El negocio no le iba tan bien desde que el Anselmo, el del camión, tiró por la ventana los que su mujer había comprado, alegando que era de tontos tener un cuadro del mar con la playa a dos pasos.

No interrumpió su tarea cuando Miguel se plantó a su lado, sino que siguió retocando el transparente rompiente de las olas sin hacer caso del humo del cigarro, consumido entre los labios, que le irritaba los ojos hasta hacerle llorar. Miguel pensaba que lloraba de la emoción, porque había leído en sus libros de texto que un artista italiano de hace mucho tiempo pintó en una iglesia ángeles, vírgenes y apóstoles muy hermosos, y la gente lloraba al verlos, por lo que tuvieron que cerrarla; así que no se atrevió a decir nada hasta que Johannes metió el pincel en aguarrás y aplastó la colilla contra el suelo.

– ¿Has visto a los extranjeros, Joan?

– He visto un Renault negro pasar esta mañana– comenzó muy despacio a liarse otro cigarro–. Vienes temprano hoy.

– ¿Qué es un Renault?

– Un tipo de coche. ¿Por qué has venido tan temprano?

– Mi madre me ha mandado para acá antes porque quiere figonear tranquila sobre quiénes son los extranjeros.– El niño empezó a temer que hoy no cobraría, y que había hecho el viaje en balde.

– ¿Cuántos han venido?

– Sólo he visto dos. Un hombre y una mujer. Ella tiene el pelo rubio, rubio muy claro y va vestida para como si fuera de baile, y él llevaba un traje negro con muchos botones dorados.

Johannes observó unos momentos con desprecio lo que acababa de pintar mientras buscaba con qué encenderse el cigarro. Entró un momento en la casa y salió con una bicicleta que inspiraba asombro y envidia en los niños de Benillum, le dijo a Miguel que hoy no iban a pintar. Le tendió unas monedas, “por la molestia y por la

información”, y le dijo que ya le avisaría para la próxima vez. Miguel se echó al bolsillo su brillante jornal, y bajó silbando hacia las calas por el camino corto, el de los mil escalones.

La guerra nunca descansa. La guerra nunca cesa, y las botas militares siguen aplastando sin tregua el agrietado suelo africano. Qué bien escribía Kipling cuando hacía poesía, por algo le dieron el Nobel. Pero se vio obligado a hacer el Libro de Kim, un tema que no le gustaba pero que tenía que tocar por aquello del exotismo colonial, aunque bien es cierto que Kipling era más inglés que el té de Ceylán. No podemos olvidar que la literatura está subordinada a los lectores, y los escritores a la literatura. Si hubiese intentado vivir de sus poemas, seguramente sólo se le recordaría de cien años en cien años, con motivo del aniversario de su nacimiento o de su muerte, que viene a ser lo mismo; para los vivos, los que ya no están suelen ser únicamente dos fechas, y los que no han nacido son una esperanza vaga a la que no solemos hacer caso. Sher-Kan avanza por la selva furtivamente, acaso sus rayas le delatan en la maleza, pero no le importa. Ignora que es un tigre como nosotros ignoramos que somos hombre, mujer, persona, hasta que un adulto nos lo dice, nos baja del trono donde éramos dioses, aunque de andar por casa, y nos pone a la altura del resto del mundo. Mowgli es humano, pero no lo sabe hasta que el consejo de los lobos se lo dice, y aún así, se niega a creerles. Johannes-Joan es austríaco aunque no alcanza a comprenderlo, y por sus venas corre sangre judía, aunque lo desconozca todo sobre la raza de Shylock. El cuerpo de Joan adorna, con el de una tortuga varada que podría estar también muerta o sólo dormida, la playa de Els Estels, y ya no importa que haya sido austríaco o valenciano, liberal o conservador, porque ahora ya sólo es dos fechas y quizá ni eso, porque ningún habitante de Benillum sabe a ciencia cierta cuándo nació, y en la lápida

(de piedra de la cantera marina, no dejó el alemán mucho dinero al morir) pondrán un signo de interrogación y el año presente, *el año de las grandes lluvias*, aunque eso no lo sabe todavía nadie porque Octubre está aún por venir, nosotros ya sabemos el destino de Benillum, pero no podemos hacer ni decir nada que esto de anunciar las miserias que están por venir sólo lo hace bien Saramago juntando esos largos párrafos donde no hay ni un solo punto, consiguiendo ahorrarse el tener que contarlas al detalle e inquietar de paso al lector; pero dejemos de imitarle y olvidemos el futuro, que ya se ha dicho más arriba que es una esperanza vaga, y nosotros estamos para otras cosas.

Fue entonces cuando se abrió la polémica del epitafio y el entierro cristiano. Al alemán le habían visto en misa al menos un domingo de cada mes, pero nunca comulgaba y nadie sabía si realmente era cristiano, por lo que tampoco sabían si tenía derecho a entierro con cura y epitafio. Aún tuvieron el cuerpo pudriéndose y floreciéndole algas marinas durante una semana, hasta que se decidió que si era cristiano, “hay que hacerle un entierro como Dios manda” para que pudiera ir al cielo, y si no lo era tampoco iba a hacerle ningún daño, y el domingo primero de Junio se le dio cristiana sepultura, y todas las mujeres de Benillum desempolvaron los trajes de luto, que no es esta una tierra ni este un pueblo muy acostumbrado a la muerte.

– Y dice usted que son alemanes.

– Sí señor. Mi señora, que va de cuando en cuando a limpiar en la casa del catalán, les vio llegar.–agarraba la gorra fuertemente con las dos manos, nervioso porque sabía la mala leche que gastaba el teniente alcalde. Era de dominio público que durante la guerra había sido gobernador militar, y el hecho de que lo hubiesen enviado a un subcargos en la roja Valencia era un castigo. El porqué nadie lo sabía, pero debió ser

algo gordo, porque siempre iba mascullando para sus adentros, como si temiese una traición de todo el pueblo, y daba la impresión de estar siempre cabreado.

– Y qué.

– Qué de qué, señor alcalde.

– ¡Teniente de alcalde! Te-ni-en-te, a ver si os enteráis de una puta vez, que me tenéis hasta los cojones. Digo que qué más oyó tu señora.

– No quisiera que el señor teniente se hiciera una mala idea de mi señora, que es muy honrá y muy cristiana, y no anda figoneando en los asuntos de los demás. Yo no le puedo decir mucho más, pero sí que hay una cosa que a mi señora le llamó mucho la atención, aunque yo pienso que escuchó mal.

Se quedó un momento pensando. La guerra en Europa acababa de empezar, pero si los alemanes ganaban había que estar a buenas con ellos. Mira que si fuesen espías... espías de qué, si en Benillum no había nada que espiar. Debían ser diplomáticos, diplomáticos de incógnito que venían a preparar la entrada de España en la guerra, aunque el Caudillo no estuviese por la labor; desde luego, nadie podía negar que era un hombre dotadísimo para la guerra, pero poco más; si le diesen a él un ministerio, ¡sólo un subcargó en Madrid!, y no aquel pueblo de paletos y pescadores, del que la única forma de salir parecía que era meterse a actor o a puta, si es que ambas cosas no son la misma.

– Cualquier cosa es importante. Cuéntame.

Fumando un cigarro junto a la ventana, Miguel recuerda, es incapaz de olvidar, el miércoles de Mayo en que vio por primera vez un muerto, blanco como el mármol y morado en las axilas, los ojos, los labios y el sexo.

Tenía los músculos rígidos, y le florecían algas marinas en los innumerables cortes que se había hecho contra las rocas en el devenir de la marea. Miguel abre un poco la ventana para dejar que salga el humo y que entre la lluvia; allí donde se encuentran, el humo se dispersa en anillos imperfectos. Hoy llueve mansamente, y a unos metros, en esa playa que se parece tanto a la de Benillum, un hombre se deja calar por la lluvia mientras mira tranquilamente el mar.

La habitación está muy oscura y huele a flores y salitre. Miguel no se atreve a acercarse del todo ni a terminar de abrir las ventanas para que entre más luz. El reloj de la iglesia da las seis. Quedan aún muchas horas de sol. El cuerpo es casi transparente de tan blanco, vetado finísimamente en rojo y azul con algunas manchas verdes muy claras. No se habían atrevido a quitarle los despojos de ropa que le quedaban, nadie había querido tocar las algas ni las flores. “No me puede hacer nada”, piensa Miguel, “está muerto, es sólo un muerto”. Dándose estas palabras de ánimo, se aproxima, se aúpa a una silla y lo contempla. La piel de la cara estaba lisa y sin afeitar; los párpados cerrados; el torso desnudo era plano y sin pelo, “Qué raro”.

Las manos, los pies y el sexo están arrugados una y otra vez, pliegue sobre pliegue, arruga sobre arruga, piel sobre piel. En el antebrazo derecho tiene el corte más amplio y desagradable, cubierto de sangre ya seca y de algas verdemar; en la boca había flores marinas, y una estrella de mar pegada, incrustada en el pecho a la altura del corazón.

Volvió a cerrar la ventana después de tirar el cigarro. Entendió por qué el viejo se estaba dejando empapar cuando un perro, su perro, se le acercó por la derecha y ambos se fueron de la playa. Giró sobre sus talones y observó la casa vacía, La casa tomada. Había flores en la boca de aquel hombre, y años después Cortázar diría que besarse es como tener la boca llena de flores; a los muertos ya nadie les da besos, y a

este menos que ni siquiera dejó viuda y casi ni amigos más allá de los críos que se apiñaban alrededor suya a escucharle contar historias de los lugares donde había estado y de los hombres y mujeres que había conocido.

La guerra nunca descansa, ni falta que le hace; la guerra se estaba acabando, y la Muerte planeaba sobre Alicante para cobrarse su tributo de almas. La guerra se estaba acabando, y como la Muerte lo sabía, redobló sus bombardeos porque para ella todas las almas son pocas. Johannes–Joan estaba con los vencidos, que es el papel que siempre le había tocado jugar; pero por culpa de sus manos finas de artista, le habían puesto atrás, muy atrás cuidando heridos. Ahora se llamaba también a los niños, porque todos los brazos eran pocos, que la Muerte se acercaba para llevarnos, y si se tiene que llevar a uno solo, mejor que se nos lleve a todos aunque no le baste, buscaremos la gloria de la derrota final.

En su cabeza resuenan todas estas palabras que un cabo paliducho y jovencísimo decía para animarles. Joan, al ser el mayor, era el jefe moral de aquella panda de críos malvestidos, malalimentados y crecidos de golpe. El cabo seguía hablando, sus ojeras estaban repetidas infinidad de veces en los ojos que le miraban, su aliento seco de sopa de cebolla se repetía en todas las bocas, sus aparentes ansias de muerte eran casi particulares, porque aquella gente aún no había tenido tiempo de darse cuenta de lo que era su propia vida. El cabo seguía hablando y los aviones seguían sembrando bombas sobre Alicante; estaban atrapados como ratas, Valencia ha caído y los nacionales estarán aquí mañana si no esta misma noche, qué vamos a hacer, Dios mío, qué vamos a hacer. De frente la llanura manchega cubierta de los cadáveres de los amigos, al sur Alicante ardiendo y al norte Valencia ardida; de espaldas sólo nos queda el Mediterráneo, el mar que nos tiene que servir de sudario, como nos sigan empujando nos van a enterrar en el mar y le van a dar la vuelta a los versos de Alberti, qué vamos a hacer, Dios mío, qué

vamos a hacer, envíanos una señal de las tuyas, que tú para eso tienes mano, envía un rayo de luz que nos guíe, o al menos un ángel exterminador que acabe con esta locura, Dios mío, que la guerra nunca cesa.

Los hombres tienen hambre/ los hombres tienen miedo/ Mas no nos piden pan/ Mas no nos piden sueño, a Celaya habría que pintarlo en todas las paredes del mundo, qué bien nos viene ahora para pintar la imagen de los vencidos. Decenas de ojos se vuelven hacia Johannes. Sólo les queda él, a saber qué será de sus familias, a saber qué le estarán haciendo los nacionales a sus hermanas y a sus madres, a saber quién arará los campos cuando ellos no vuelvan. La vida está llena de incertidumbres, lo único cierto es que se acaba, y que se nos acaba a todos, qué vamos a hacer, Dios mío, qué vamos a hacer.

Johannes detuvo la bicicleta junto a las calas. *La gloria de la Derrota, la gloria...* machaconamente se repite a sí mismo las palabras de aquel casi hombre, y recuerda con cuánta ansia buscaron la derrota final.

Los viernes tocaban migas revueltas con patatas, porque era día de mercado y no había tiempo para más. A Miguel le encantaba el olor del pan frito, tierno y dorado, así que se había dado prisa en volver de las calas. Pero cuando llegó, su madre estaba dejando reposar una paella porque había venido el médico con su mujer y sus hijos mellizos, Jose Antonio y Liberta. De Jose Antonio sabía que iba a ser médico como su padre, y que siempre vestía de domingo porque su madre no quería que fuese como el resto de niños. Liberta era aún más rara, porque no hablaba con casi nadie, y siempre iba de aquí para allá con un libro bajo el brazo, o escribiendo subida a las copas de los árboles; alguna vez, jugando en la pinada, la habían visto a lo lejos, observándoles. La madre estaba muy delgada y tenía la piel clarísima; el padre de Miguel le había dicho

que estaba enferma, y que por eso se habían venido a vivir a Benillum, porque los doctores dicen que el mar le cura casi todo a los de tierra adentro. Pero su padre también decía que el mal que tenía ella no lo curaba el mar, porque lo llevaba metido muy adentro donde no lo cura nada ni nadie, y se lo estaba contagiando a su hijo.

– ¿Qué tiempo tiene tu chico?– cuando venía el médico o el alcalde, el valenciano se desterraba de la casa y se cambiaba por un pulcro castellano mal pronunciado a veces.

– Quince hará en Septiembre. La verdad es que ya está hecho un *homenet*.– Respondió su madre.

– Tendrían que ir pensando en mandarlo a estudiar a algún sitio– el sobrino del Rafael venía a comer de cuando en cuando, porque hacía un año que requebraba sin mucho éxito a la hermana de Miguel–. Aunque eso de meterlo al seminario tampoco está mal.

No, no, no, no. El seminario no. Si le enviaban al seminario se escaparía y se haría pasar por uno de esos niños que los rojos habían dejado huérfanos. Miguel quería vivir con el Pier en las calas, todo el día trenzando cestas y despertando con el salitre en las fosas nasales.

– Yo no quiero ser cura. Yo quiero ser pintor, como el alemán.

– *Ves per on*, ¡que me ha salido un hijo artista!

Todo la mesa rompió a reír, y Miguel enrojeció y agachó la cabeza sin entender qué les hacía tanta gracia. Todos menos la hija del médico, que parecía ensoñada en sus propios pensamientos. Cuando acababa la comida, los mayores tomaban café y hablaban de política, pero diferente a como se hablaba en el bar. Aquí se usaban palabras grandilocuentes, y en el bar predominaban los susurros. A Miguel le hubiese encantado quedarse a escuchar lo que decían los mayores, pero le ordenaron que bajara

al patio a jugar con Liberta. Antes de bajar entrevió envidia en la mirada de José Antonio, que se tenía que quedar *para aprender a ser mayor*, “Tú te quieres ir, y yo me quiero quedar. Te cambio el sitio sin ver”, ya desde pequeños la vida nos pone en contradicciones.

La niña estaba sentada bajo un arcada, con los pies colgando y un libro abierto sobre la falda. Miguel se sentó a su lado.

– ¿Qué estás leyendo?– le enseñó la portada, que Miguel descifró con dificultad–. Federico... Federico García ¿Quién es?

– Un poeta– Liberta tenía la voz apagada y suave–. Español.

– ¿Quieres que juguemos a algo?– Liberta negó con la cabeza.

– Mi madre me ha dicho que me tengo que dejar las cosas de niñas, porque dice que ya soy mujer.

– ¿Y cómo lo sabe?

– Es que... es que eso es una cosa de mujeres, y tú eres un chico. No sé si te la puedo contar.

– ¿Es que es un secreto?– Miguel empezó a pensar que le valdría de algo no haberse podido quedar con los mayores.

– Nadie me ha dicho que sea un secreto– Liberta se quedó pensando–. Vale, te lo voy a contar. Mira, mi madre dice que el primer hombre estaba solo en el Paraíso, y se sentía muy triste por ello; entonces, Dios le dijo que, quitándole una costilla, le haría una compañera, y así fue como se creó a la mujer.

– Esa historia ya me la sé.

– Es que esa es sólo la primera parte. Mi madre dice que Dios creó a las mujeres imperfectas, y como traicionaron al hombre, las condenó a parir con dolor, y para que no se olvidasen de esa traición, cada mes se rompen un poco por dentro, y

cuando una niña empieza a romperse, se convierte en mujer– los dos se callaron un momento–. Pero yo lo veo casi todo igual, no me parece que hayan cambiado tantas cosas... ¿cuándo sabe un niño que ya es hombre?

– No lo sé. Supongo que cuando se pone a trabajar.

– Pero tú ya eres un hombre.

Miguel se calló. Ya no le gustaba tanto estar allí hablando con Liberta, y comenzó a jugar con las conchas pintadas que tenía en el bolsillo y que había comprado al Pier por la mañana.

– ¿Qué tienes en el bolsillo?

– Conchas del Pier. Mira.– Sacó una de color morado claro, que se iba diluyendo hacia la base; tenía pintado un sol amarillo, como si la concha fuese un atardecer, por el otro lado, completamente blanco, había una luna negra.

– ¿Y qué haces con las conchas?

– Las colecciono. Mi padre dice que todos debemos tener una afición, porque así podemos olvidarnos fácil de los problemas.

– Como yo con la poesía.

– ¿Tú escribes poesía?

– Sí. Pero no dejo que la lea nadie. Es que me da vergüenza... prefiero leer las de otros. A lo mejor a ti te gustaría, ¿por qué no lees alguna?

– Vale –Miguel se fijó en una cortita donde estaba el libro abierto. Comenzó a leer en voz alta–. No quise, no quise decirte nada...

– No, no. Lo haces mal. Mira, cuando acaba cada verso tienes que pararte un poquito, como si hubiera una coma pequeña.

– Perdona.

– Vuelve a empezar.

– *No quise. No quise decirte nada* – Miguel hizo una parada más larga porque había un espacio entre los versos–. *Vi en tus ojos, dos arbolitos locos. De brisa, de risa y de oro. Se meneaban. No quise. No quise decirte nada.*

Miguel se quedó un momento mirando el poema, porque no había entendido qué es lo que le quería decir el poeta a quien, o más bien lo que no le quería decir.

– Te has olvidado lo más importante– Miguel arrugó el entrecejo. Había leído todos los versos, a lo mejor es que había que decirlos de una manera especial que no conocía–. El título, lo que está arriba.

– Ah; perdona. *Al oído de una muchacha.*

– Pues eso, me lo tienes que leer al oído.

– ¿Al oído? Eres muy rara, Liberta.

– Tú hazlo.

Mientras Miguel se giraba para empezar a releerlo, se escuchó el grito del médico llamando a su hija. Liberta arqueó entonces el cuerpo y le plantó a Miguel un beso en la boca, en seguida saltó de la arcada y se fue corriendo al interior de la casa, dejándole sin saber por qué lo había hecho, puede que ella tampoco lo supiera y que nosotros no lo sepamos nunca, démosle tiempo al tiempo, que a lo mejor la poetisa nos vuelve a sorprender.

Miguel se quedó mirando el libro abierto que conservaba entre las manos, *No quise decirte nada*, una sensación agradable y volátil se estaba instalando en su pecho, y empezó a comprender el poema.

– ¿Cómo que puta?

– Ella no dijo eso, pero lo insinuó.

– Tienes que estar equivocao. En Alemania no hay putas, que el tercer Reich se ha cargao a las putas, los maricas y los judíos. Lo que pasa es que tu mujer es tonta.– El Joaquín cerró los ojos y se mordió los labios. Sin fuera porque aquel hombre era quien controlaba las cartillas...

– A lo mejor el señor teniente no sabe que mi mujer estuvo sirviendo en Alemania casi un año, y chapurrea el alemán más bien que mal.

– Me hago cargo, don Joaquín, me hago cargo –pasaba del tú al usted con la asombrosa facilidad de quien no tiene más costumbre que la de tratar con soldados–. Pero no esperará usted que me crea que esa mujer ha venido al culo del mundo, pregonando a los cuatro vientos –puso falsete en la voz y arqueó las manos de forma ridícula– “vengan ustedes a follarme”, ¡venga ya, hombre! que tengo cosas más importantes que hacer hostias, nada más que de preocuparme de las fantasías de cuatro pescadores paletos.

– Perdone el señor teniente, yo pensé que...

– ¡Que tú pensaste! Vamos hombre, ¡si aquí tenéis todos el cerebro en los cojones! Dile a tu mujer que se esté atenta, y que si se entera de algo, vienes y me lo dices. Te puedes ir– el Joaquín se caló la gorra, e hizo ademán de salir–. Una cosa. Como me vuelvas a venir con una gilipollez como esta, os quito la cartilla a ti y a tu mujer, así que ojito con jugar conmigo.

– Lo que el señor teniente diga.

Cuando el tío Joaquín se marchó, siguió dándole vueltas al asunto. Mira que si fuera verdad, y lo que había llegado aquella mañana fuera una puta de esas de lujo... fantaseó con la posibilidad de poder dejar de visitar cada semana el prostíbulo de la Reme, artísticamente rebautizado como “Hogar de descanso, El Potro Feliz”; fantaseó con la idea de cambiar las sábanas mugrientas por otras suaves de seda, cambiar las

chiquillas asustadas y las putas fondonas y sudorosas de Benillum por una piel tersa y unas carnes prietas... fantaseó con la idea de un ministerio en Madrid, donde su mujer sería más feliz, sus hijas se codeasen con los hijos de los ricos, donde él fuese más libre; fantaseó con la idea de ponerle un piso a la alemana que había llegado esa mañana, pero que por las descripciones que le habían dado, había tomado la forma de la Dietrich, fantaseó, en resumen...

– ¿Está ocupado, señor teniente?

– Hombre, Teje– se resistía a dejar las fantasías para luego–. Qué va, pase. No me diga que hoy ya ha terminao–. Una de las primeras cosas que el teniente de alcalde hizo al llegar a Benillum, fue reunir a los cuatro o cinco únicos habitantes que sabían leer y escribir, y de entre ellos eligió al que tenía más cara de mosquita muerta, el Tejeriza, para que fuese su secretario. Realmente no había tantos asuntos en manos de un teniente de alcalde como para necesitarlo, pero no podía dejar que los del pueblo supieran que era analfabeto como el que más; además, ¡qué cojones!, él era un hombre de acción, de guerra, y bastante tenía con saber deletrear su nombre.

– No, aún no. Pero es que tenía que recordarle que está usted invitado a lo de esta noche.

El Tejeriza se quedó en el quicio, esperando un grito de basilisco al que estaba más que acostumbrado, pero no sabía que el teniente de alcalde aún estaba recorriendo con la mente las larguísimas piernas de Marlene Dietrich enfundadas en unas medias de malla negra, y el grito no llegaba.

– ¿Esta noche?– definitivamente, dejó los sueños a un lado–. ¿Qué pasa esta noche?

– Esta noche es el *bany de les...*

– ¡Mecagiëndios!– allí estaba. Un grito de basilisco reglamentario–. ¡Es que sois tontos o qué! ¡Pero a vosotros cómo se os tienen que decir las cosas! ¡Os voy a meter un paquete que os vais a cagar encima! Pero qué locura es esta, pero dónde me he metido, Señor, en el pueblo más bruto de España... ¡otra guerra! ¡otra guerra es lo que le hace falta a este país!... un día vais a acabar conmigo– el tono de voz iba bajando, pero ahora tenía la cara completamente roja, y un enorme bulto en forma de vena le surcaba el cuello–. Pero esto no queda así, no señor. A mí a huevos no me gana nadie; ahora mismo me voy a por un cura que ponga fin a estas locuras vuestras, ¡por mis muertos!– se levantó, y sin cambiarse la camisa, que estaba empapada en sudor, salió de la habitación, diciéndole al Tejeriza que fuese a arrancar el coche.

Cuando entró al anexo del colegio, el maestro local, Don Francisco Sevillano, estaba leyendo bajo la luz de un enorme cirio que había sobrevivido a la quema de la iglesia. A su lado estaba el pulcro ajedrez, con las piezas dispuestas tal y como habían quedado la noche anterior. “No sé qué me produce más placer de este juego”, le había dicho alguna vez, “la parte matemática, o el ver al menos un rey derrocado”, “Siempre sobrevive uno”, le había respondido, “Ya. Pero sólo tiene asegurado el puesto hasta la siguiente partida. Te voy a dejar *A través del espejo*, una fábula de adultos escondida en un cuento de niños, para que lo entiendas mejor”, “Déjalo, Paco, que aún no he acabado con *El libro de la Selva*.”

Aunque la puerta estaba siempre abierta, llamó.

– Hombre, Joan, pasa. Mira, vienes al punto. ¿Te quedas a cenar?– Johannes miró el cazo de judías que no daban ni para un hombre y la misma media botella de vino del lunes anterior, y se alegró de tener a Sevillano como amigo.

– No puedo, Paco.

– Le echaremos un poco de tocinito a las judías en tu honor, hombre; no me hagas este desaire. Luego te describiré los secretos que me está revelando este libro– le enseñó la tapa, *Historia de la eternidad*.

– Paco, he venido a despedirme.

– Vaya –miró el tablero de ajedrez a su izquierda–. Ahora que casi te iba a ganar.

Está dejando de llover. El mar enorme, que tanto se parece al de Benillum porque no en vano todo el Mediterráneo es diversamente igual, está oscuro y murmurante. Rumor de mar tras el rumor de lluvia. La casa ya no está vacía, se ha llenado con los fantasmas de aquella tarde en la que apareció en Els Estels el cuerpo de Johannes. Pero los fantasmas que pueblan la casa de Miguel –ahora D. Miguel– están atareados con los preparativos del *Bany de les Verges*, y no sólo no imaginan que Johannes está muerto, sino que ni siquiera saben que ha desaparecido, nosotros sólo sabemos el principio de su conversación con Sevillano, maldades del destino, que nunca nos da lo que queremos.

Pero volvamos a los fantasmas, que reclaman nuestra atención. La hermana de Miguel anda de un lado para otro como una loca, con una aguja y un trozo de hilo colgándole de los labios porque aún no tiene el traje preparado.

– Pero si os lo quitáis enseguida– dice Miguel–. ¿Por qué lo arreglas tanto?

Le clavó una mirada de rencor, sin que sus manos dejen de rebuscar entre los cajones un cabo de hilo verde.

– Mama, diga-li a aquet tap de bassa que marxi, per l’amor de Déu, o encara donaré en botja.

– Miguel, deja a tu hermana, que este es el último año que sale.

– ¿El último? ¿Por qué?

– Porque la teva germana es casa – la madre se giró sobre la silla y contempló la enorme sonrisa que se había dibujado en el rostro de su hija–. Si Déu vól, es casarà a Setembre, i les dones casades no poden fer el Bany, bé que ho saps. Però aixó no ho pots explicar a ningú, que ni tan sols el nuvi ho sap.

– ¿Y por qué no se lo ha dicho?

– Porque quiere hacer el él ultimo *bany* de soltera, sin que la mirada de ningún hombre se fije especialmente en ella, cariño. Nena, aquí tens el ver, vine a agafar-ho.

– Pues si yo me fuese a casar, me gustaría que mi novia me lo dijera.

Los fantasmas empiezan a desvanecerse por culpa de las trompetas y los timbales, acaso menos reales, que resuenan en la calle. “Hoy empiezan las fiestas de Guardamar”, piensa Miguel, “Moros y Cristianos”. Desde hace años que el rito, copiado de otros lugares, es el mismo: los moros toman el pueblo, uno de ellos les traiciona; el moro traidor es ejecutado por sus compañeros y esa madrugada se produce el desembarco; hay una batalla fingida, y los cristianos se quedan con el pueblo, y así *saecula saeculorum*; “Un año de estos, los moros van a hartarse, se van a hacer fuertes en la plaza, y no va a haber quien los eche”. En Benillum era distinto, allí cada año ganaba un bando, y lo único que permanecía inalterable era el *Bany*: en él se recreaba una leyenda local, que seguramente iba más allá de la ocupación árabe, que decía que las mujeres, sin hacer uso de la fuerza, eran las que habían *rechazado* al invasor. Como

quiera que no era una celebración muy ortodoxa, las autoridades decidieron prohibirla el año de la muerte de Johannes, y aún hubo disturbios los años posteriores, cuando se trató de llevarla a cabo de forma “clandestina”; ya sabemos que esta es una tierra muy acostumbrada a la fiesta y a la alegría, si no por qué se quedaron los fenicios en la costa cuando llegaron, en lugar de ir tierra adentro, y por qué uno tras otro se asentaron aquí los pueblos que llegaron.

Franco lleva un año muerto, pero nadie en Benillum ha propuesto ni va a proponer que se reanude el *Bany*, porque allí sólo quedan tres o cuatro familias de pescadores que no tienen donde ir. Arias Navarro lloró en blanco y negro en la pantalla del televisor; en blanco y negro, “se han acabado cuarenta años en blanco y negro”, y Miguel sintió entonces una mezcla de alivio y miedo. No olvidemos que la época del desencanto ya ha pasado, que ya han pasado los años de desesperanza, y Miguel se siente cansado para cambiar, por eso vive evocando fantasmas, y por eso se ha mudado a Guardamar. Las cornetas y timbales que oímos de fondo se van diluyendo y haciéndose irreales, cada vez más irreales hasta que se confunden con las de la noche del último *Bany*. Ahora es la playa la que se ha poblado de fantasmas, de los fantasmas de la casa y de los habitantes de Benillum.

– Groudier, ven a ver esto.

– ¿Qué ocurre, señora? ¿Otra vez los niños?

– No, no es eso. Mira.

Groudier se acerca a la ventana y mira a través de ella. Todas las luces del pueblo están apagadas, y un letargo nocturno se ha apoderado de las calles: ni un ruido, ni un movimiento; más allá de la monótona canción de los grillos, nada rompe la

claustrofóbica sensación de abandono. El único signo de vida humana es el Renault aparcado en la puerta de la casa del Setvalls. Pero ella no mira a la calle. Sus ojos están puestos en la playa. “Mon dieu”, se le escapa a Groudier, mientras contempla el tejido de hombres que cubre la arena, cincuenta, cien, quinientas personas, todo el pueblo.

Todo el pueblo no.

Sólo los hombres, reunidos en torno a un estrecho pasillo donde la arena ha sido alisada, y que llega hasta el nacimiento mismo del mar; allí, sentadas en bancos de madera y vestidos completamente de blanco, hay dos docenas de mujeres, las más viejas de Benillum. Una luz se balancea en el horizonte: un barco que ni se acerca ni se aleja de la costa.

– Señora, creo que no debía usted haber venido.

– No sé de qué hablas. Quieres decir que me tenía que haber quedado a mirar cómo quemaban el prostíbulo... el silencio y las tinieblas de la calle invadieron la habitación-. En el fondo tienes razón. Debería haberme arrojado a las llamas.

– No empiece otra vez con eso, señora; por favor.

– Voy de locura en locura, Groudier. Y deja de llamarme señora, que estoy harta de esa palabra. Ahora voy a ser nadie, déjame ser nadie, Groudier.

– Como la señora desee.

Ella le lanzó una mirada de resignación, y volvió a fijarse en la playa, “¿Qué estaría haciendo toda esa gente?”

– Si los señores no mandan nada más, yo me marchó- se sobresaltaron con el acento melifluo del Setvalls-. Les he dejado un poco de cena abajo.

– Perdona... eh... señor...¿qué pasó... eh... qué pasó en la playa?– Suspiro. Paciencia, Jordi, paciencia. No un extranjero, no... dos, y uno de cada sitio. Paciencia, Jordi, que el francés no es tan difícil.

– Mire, fiesta local, fi-es-ta, ¿me entiende? Todo el pueblo, muy bonito. Vengan si quieren. Mirin, ja s´apropen les dones a la platja.

Dejemos a los extranjeros un instante, retrocedamos un poco en el tiempo y volvamos a Sevillano. Ocupados en las soledades de Miguel y los descubrimientos de los extranjeros, no nos hemos enterado qué se han dicho, y ahora vemos a Sevillano caminar con un paquete bajo el brazo. Benillum está entrando en penumbra, y las calles se están empezando a vaciar. Sevillano toca a la puerta. Le abre un hombre con la cara llena de jabón y la cuchilla en la mano.

– Buenas tardes. ¿Está su hijo en casa?

– No me diga que ha faltado a clase, Don Francisco, que lo mato.

– No, no se preocupe, traigo un encargo para él.

– Espere un momento. – El padre entra en casa y llama a voces a Miguel.

Se oyen sus pasos bajando las escaleras de tres en tres, y el ritmo se frena cuando ve la figura de Sevillano en la puerta.

– Don Francisco...– me quieren llevar al seminario, y viene el maestro a decírmelo. No puede ser. No puede ser. Voy a salir corriendo.

– Hola Miguel. Tranquilo, que no he venido para nada del colegio. Anda, ven– le alarga el paquete envuelto en papel de estraza, diciéndole–. Toma, Miguel, esto me lo ha dado Joan para ti. Quiere que te lo quedes.

“Tres pinceles usados y uno nuevo. Una paleta de madera pequeña, la caja de tabaco, ¡la caja de tabaco! *El Libro de la Selva...* y esto... ¿Qué es esto? El daguerrotipo de un niño pequeño. Pero está estropeado, alguien ha escrito encima... Vi..., Viena, 1913. Anda, debe ser Joan.”

– Migueeel... Migueeel, ¿qué estás haciendo? Sube que me tienes que hacer un recado.

– No puedo mamá, que tengo que salir un momento.

– ¿Cómo que tienes que salir? ¡Ven aquí ahora mismo!– Demasiado tarde. Miguel ya ha echado a correr.

Yendo por la carretera que sale de Benillum, llega a casa de Johannes. Se ha hecho de noche y ya se ven las primeras hogueras en la playa. El cielo está sembrado de estrellas y una luna enorme y redonda le observa curiosa. En la casa no hay luz. Miguel llama, pero al golpear la puerta, ve que está abierta, “Pues mejor. Así se lo dejo ya”. Entra y enciende el hornillo. Allí están: todos los cuadros de Joan, rajados, rotos con un cuchillo y apilados en un rincón, todo lo demás está igual. No del todo; Miguel ve que no está la maleta de cartón donde Johannes guardaba su colección de estrellas de mar. Fuera se oyen pasos. “No puede ser que se haya ido”, Miguel sale, y donde esperaba ver a Johannes encuentra a Liberta, la hija del médico, que trae los ojos enrojecidos y la mueca que nos deja el llanto en la cara.

– Liberta... ¿qué haces aquí?

– Me he ido de mi casa– le responde acercándose–. Mi madre no me deja que haga el *Bany*, así que me he escapado. Me voy a meter en la pinada donde nadie me encuentre, y no voy a volver– Miguel la miró sin entender, no se había quitado de la cabeza que Joan se hubiese ido–. ¡Es que me trata como a una niña! Y yo ya soy una mujer, Miguel, ella misma me lo dijo hace una semana, y las mujeres pueden salir al *Bany*, y yo no soy una niña, y yo quiero hacer el *Bany*, y...– sin saber muy bien cómo, Miguel se encuentra con Liberta en los brazos, “*Joan no se ha ido*”, sin saber muy bien cómo la aprieta contra sí, “*No se ha ido, no se puede haber ido*”, sin saber muy bien cómo, sus manos y sus pensamientos cobran vida independiente, y los dos comienzan a

acariciarse la espalda, “*No quise*”, sin saber muy bien cómo, se separan poco a poco “*No quise decirte nada*”, y se ven con las manos en el pecho del otro.

María y Groudier acompañan al Setvalls a la playa. Las mujeres ya se han alineado de cinco en cinco en la boca del pasillo, y llevan todas trajes que imitan los del campesinado medieval; debajo les asoman los vestidos blancos. Hay hogueras a lo largo de la playa y un silencio imposible para la cantidad de gente allí reunida. “Esto no tiene sentido”, piensa María, “Mi vida sí que no lo tiene. ¿A quién quiero engañar? ¿de quién quiero huir?, no puedo escapar de mí misma, no puedo. Ya no le encuentro sentido a nada”.

– Miren estas de aquí son las mozas del pueblo – el Setvalls trataba de explicarse con gestos–. Son todas las mujeres sin casar del pueblo.

– Pero... eh... ¿por qué? ¿qué van a hacer?

– Mire, esto es una representación, ¿me entiende?, ¿sabe lo que es una representación? Pues eso. Y esto lo hacemos... mire no le voy a engañar, la versión que cuentan los abuelos es que cuando los moros, ¿me entiende?, pues los hombres estaban guerreando por ahí, y las mujeres estaban solas, y cuando vieron que los moros bajaron de la sierra una noche, pues huyeron todas como locas, y como ya habrán visto los señores, no hay más que un camino que salga de Benillum, ¿me entiende?; pues eso, así que se metieron en el mar, todas en cueros porque era de noche y estaban durmiendo, y dicen que los moros, cuando las vieron así, bueno, usted se lo imagina, ¿eh?, pues se pensaron que eran sirenas que venían a hechizarlos a todos, y se largaron con viento fresco... y el maestro dice que hay un cuento de los moros que cuenta una cosa parecida, yo no sé qué pensar... pero bueno, qué quiere que le diga, lo que es yo, ¿me entiende?, pues digo yo que no serían tan tontos los moros, ¿no cree?, y a mí el sobrino

del Figuerete, que ha hecho carrera en el extranjero, me ha dicho que lo más probable es que vinieran al pueblo, y que como no vieron a nadie, pues eso, se llevaron lo que pudieron y le metieron fuego a las casas... ¿me entiende?, ¿usted qué opina, eh?

– Pues... yo no creo... eh... haber entendido bien, señor.

Respiraba con dificultad. El pecho le subía y bajaba rítmicamente, y podía notarlo por primera vez enorme cubierto con las manos de un hombre, el sexo le latía como una herida abierta; dejó escapar un gemido que le sonó lejano y ajeno a su voz. Miguel apartó asustado las manos, “¿te he hecho daño?”; ella sintió una oleada de calor en la cara, que ya no era de rubor; sonrió levemente, “qué va”. En su cabeza se agolpaban todas aquellas sensaciones tan nuevas; continuaba con la sonrisa en los labios apretados, y la cabeza baja y los ojos entrecerrados; de repente se serenó y levantó la mirada. Clavó los ojos en Miguel, que a su vez evitaba los suyos.

Lentamente se desabrochó la camisa botón a botón, dejándola caer al suelo; se quitó después el sostén, descubriendo dos senos pequeños y redondos a medio formar, armados con dos pezones morados como lilas que apuntaban al cielo. “Ven”, susurró, “acércate”; le cogió la mano derecha y la giró hasta el centro del pecho, obligándole a extender la palma como una estrella en la depresión de sus pechos.

– Mírame Miguel, que soy de verdad, que soy cierta. Tócame Miguel.

Sin soltarle la muñeca, le hizo girar la mano alrededor de un pecho, trazando círculos muy despacito, haciéndose rozar apenas la piel, erizándole el vello y aumentando las palpitaciones de ese corazón que le había nacido entre las piernas; luego la llevó al otro, mansamente y sin apartar un momento los ojos de él, que miraba aquel milagro doble como quien acaba de ver descender una virgen.

– Deje, deje que le explique. Aquellas mujeres del fondo– señaló donde estaban las ancianas sentadas–, pues esas, cuando las mujeres entren al agua, pues ellas gritan como si estuviesen cantando las sirenas, que este es un pueblo pescador, y sabemos muchas historias de sirenas y bichos del mar, ¿me entiende? Pues eso, y entonces, cuando se oyen los gritos, pues el Prudencio, que está en aquel barco que se ve al fondo, ¿lo ve?, pues el Prudencio enciende los fuegos artificiales, y ya, y entonces salen palmeras y castillos de luz, aunque eso no pasó de verdad y ni siquiera está en el cuento, pero mire, es para darle color a la fiesta, ¿me entiende?, alegría, color, que si no parece esto un entierro y eso sí que ni, ¿eh?, ¿me ha entendido?

– Bueno...un poco mejor, sí.

– Pues eso, no deje de mirar, que se lo pierde.

– Mira Paco, yo ya no aguanto más. Este país es una mierda, y yo me voy a volver loco cualquier día. Todas las noches recuerdo la carnicería que nos hicieron, y casi preferiría que tú y yo nos hubiésemos quedado allí, los discursos que nos echabas ¿te acuerdas?, no eras más que un crío y nos echabas unos discursos terribles, Paco, que aún me martillean la cabeza.

– Joan, cálmate un poco. ¿De qué tienes miedo?

– Tengo miedo de todo, Paco. Tengo miedo de que un día los nacionales vengan a mi casa y me lleven, tengo miedo de que pase todo otra vez, tengo miedo de mí mismo, de repetirme siempre lo mismo, Paco, de andar recordando siempre, miedo de despertarme un día y mandarlo todo a la mierda, porque ya no le veo el sentido a las cosas, Paco.

– Entonces qué vas a hacer.

– Esta misma tarde cojo la bicicleta y cuatro cosas, y por la mañana estoy en Alicante, y allí cojo un barco que me deje en África, porque me estoy volviendo loco, Paco, me estoy volviendo loco.

– Te voy a echar de menos, Joan. Mucho.

La luna lo vestía todo de blanco. Las mujeres empezaron a avanzar despacio, entrelazadas por las manos, siguiendo el paso que les marcaba un suave rumor de tambores. En poco tiempo se situaron en frente a las olas.

Miguel y Liberta bajan a la playa, ya no les interesa el *Bany*, bajan a la playa a decirse cosas, que hacer ya han hecho y ahora es tiempo de explicarle el uno al otro qué ha pasado, puede que ni ellos mismos lo sepan. Salen de la pinada, y empiezan a pisar la arena, pero se detienen en seguida.

– Mira, Miguel; hay alguien.

Joan había dejado la bicicleta junto a las calas, y estaba sentado y completamente borracho sobre la arena. “La derrota final. No hay mayor gloria que la derrota final”. Joan ve una luz sobre el horizonte; la luz de la luna ha desaparecido, o al menos él no la ve. “Alicante ardiendo y Valencia ardida... miserable suerte la mía... ya no tengo dónde ir”. Miguel y Liberta ven cómo se levanta pero no le reconocen. “¿No nos querían enterrar en el mar? ¡Pues por mis muertos que lo han conseguido!”; miró la playa desierta y el mar enorme. Comenzó a andar y a notar el agua tibiamente salada mojándole los tobillos, las rodillas, el sexo, la cintura, el pecho... empezó a notar cómo se unía al mar...

Una vez junto a la playa, las mujeres se alinearon frente al agua, y empezaron a desvestirse, dejando ver la fina túnica de tul que llevaban. Se ha levantado un viento repentino, y el mar se ha rizado como si quisiera devorarlas a todas. Los tambores habían ido *in crescendo*, y eran el único sonido que se producía en la playa. María le pregunta al Setvalls qué está pasando, y éste le explica lo que antes le ha dicho a Groudier. “Sirenas. Estas mujeres hoy son sirenas”. Ya estaban cogidas de las manos, y tenían los brazos estirados. María no tenía nada que pensar, empezó a correr hacia ellas y a desvestirse por el camino, gritando, implorando que la esperasen. Cuando llega, mira la playa repleta y el mar enorme. Comienza a entrar, y a notar el agua enredándosele en los tobillos, nadie parece extrañarse y ya van a entrar al mar.

Se oyen dos disparos secos, y un ruido como de infierno que se acerca al agua. Está llegando el alcalde en su coche, y trae una pareja de la benemérita y un cura ensotariado y soñoliento consigo, además del Tejeriza; va dando gritos mientras la guardia civil da disparos al aire, va dando gritos ordenando que se detenga ahora mismo todo el mundo, que ahí trae un cura que los va a excomulgar a todos, que va a llenar el pueblo de bombas como no le hagan caso y mil barbaridades más. El coche para en el mismo nacimiento de la playa, y todo el mundo se queda mirando como baja de él tan extraña comitiva.

Como quiera que todos están mirando la llegada del alcalde, nadie ha visto la tortuga de mar que está adentrándose en la playa y que se queda quieta donde las mismas olas rompen, y tampoco ven el bulto que la playa está vomitando. La guardia civil baja cuando el alcalde ya está avanzando entre la multitud con una antorcha en cada mano, preguntando por el responsable; el cura es el último en pisar la arena, y entre la sotana y el sueño avanza a trompicones, cosa que no le impide amenazar con las penas eternas del infierno a aquella pandilla de hijos de satanás. Por fin alguien ve el

bulto. La mujer mayor sentada más cerca del agua nota que algo le roza el pie, y cuando mira, ve el rostro de un hombre surcado de cortes y arañazos.

La guardia civil dispara para que la gente se disperse. La mujer grita y señala a Joan, y rápidamente, desde la orilla a unos metros más allá, todos gritan mirando el cadáver, porque nadie duda que está muerto. La señal convenida. Del barco surgen lenguas de luz y fuego rojas, verdes, amarillas... y la luna se ve eclipsada; las nuevas luces iluminan intermitentemente el rostro cubierto de sudor del alcalde, el cura mira sin comprender y cree que le han tomado el pelo, la mayoría de la gente huye a sus casas, y los que se quedan, o no se han enterado o quieren ayudar a deshacer el caos. Fue, como ya sabemos, el último *Bany*, y ya no se hicieron más porque lo prohibió la iglesia o porque el recuerdo del muerto les dolía a todos, que cada uno piense lo que quiera; como ya se ha dicho, hay pocas certezas en la vida, y una de ellas es la muerte, y nosotros tenemos aquí un hombre que enterrar.

– ...y eso es todo lo que vi, Don Francisco.

– Claro. Lo que no acabo de entender es qué hacías tú allí con la hija del médico... mejor no me lo cuentes, que voy a preferir no saberlo... no me esperaba esto de Joan, desde luego...

– ¿Ha oído ya lo último? Dicen que mañana llega un cura definitivo, y dice mi madre que viene a poner orden en nuestros espíritus, que tenemos el alma muy inquieta

– Y en nuestras vidas qué Miguel; quién va a poner orden en nuestras vidas...

* * * *fin* * * *